

DON QUIJOTE

(Una impresión)

...Si queremos avalorar con justeza los méritos literarios de Cervantes es preciso pensar en la misión y fatigas del literato. Para el hombre de letras la vida y la entraña de cada vocablo le atrae, preocupa y apasiona, porque es elemento básico de su personalidad artística por llevar en sí mismo el secreto de su estilo.

La lucha del escritor por la afinación, claridad, pureza y ritmo de su lenguaje, es una empresa bella y heroica. Tiene la belleza de la orfebrería y la heroicidad de una cruzada que comienza en la juventud y acaba en la vejez.

En la depuración de la forma pone el hombre de letras su inclinación devota por la estética, una dosis considerable de amor propio, y su dignidad literaria.

El público que no sea técnico, no sabe, no puede saber, cómo son las batallas del escritor con las palabras para dominarlas y manejarlas a su antojo; no entiende que su secreto consiste en encontrar las voces, asirlas, para después emplearlas con tino y gusto.

El escogimiento del término adecuado e independiente, el mejor de todos los que pudieran emplearse en la estructura de una frase, es la tarea delicada del que escribe. ¡Pero cuán intrincados son a veces esos hallazgos! Porque la voz indispensable existe en la muchedumbre opulenta de nuestro idioma; pero en ocasiones se esconde o se va como el agua entre los dedos; tras ella van con afanoso ahinco la inteligencia y la inspiración, hasta que la encuentran y entonces hay que ocuparla bien, acomodándola artísticamente, y eso ha de ser presto antes que los vocablos vuelen de la memoria como aveillas inquietas.

Las palabras tienen su luz propia, su sonido, su sentido; tienen también su valor eufónico y su valor castizo; pero esos valores resultan baldíos si no se utilizan certeramente en la forja de un concepto para que resulte vestido con el ropaje sobrio y elegante del buen decir. Y para ese logro es preciso que el prosista o el poeta pasen la vida leyendo y escribiendo constantemente, ocupando sus "horas trémulas" en el sagrado ejercicio de su profesión. Sagrado, porque el escritor tiene hacia el público una grave responsabilidad ética, intelectual y social. Porque los libros, como la cátedra, la prensa y la tribuna, son guías del alma de los pueblos.

El que escribe es en realidad un sembrador de ideas y emociones que pueden o no fructificar en el vastísimo y multiforme barbecho del humano espíritu, y como existe la posibilidad de que la semilla germine y dé fruto, será necesario que el sembrador, consciente de su responsabilidad moral e intelectual, sopesa en su ánimo el alcance de sus ideas para que las vierta en las mentes de los demás con el cuidado, la afección y el altruismo que merece el hombre.

* * *

El escritor nace, pero no alcanzará personalidad estimable si no cultiva sus facultades innatas en la vida y en los libros. No se llega a escribir bien sin aprender la técnica del lenguaje en un ejercicio constante y fervoroso de pluma y lectura para ir enriqueciendo su léxico en forma que haga atractivos sus propósitos y agradable el ritmo de la composición.

Los vocablos son el tesoro del espíritu. A mayor abundancia de ellos mayor riqueza del lenguaje y más grande afloración de pensamientos. Porque la palabra crea ideas. Cada una es una luz que descubre situaciones, horizontes, méritos, estados de alma.

Las sensaciones sin la palabra resultan estériles. Sin ellas ahí se quedan en el fondo del almarío, inertes, mudas, sin expresión, sin acción, pero cuando el vocablo viene en su ayuda, el pensamiento se levanta, anda y vuela. Y además se reproduce, porque las ideas son madres de conceptos. Una idea flamante acarrea otra, y otra más...

Cuando el vocabulario nutrido hace acto de presencia, cada voz dice al escritor: aquí estoy, úsame que quiero ser útil, tómame

que quiero crear. Y entonces el aludido, identificándolas, estimando su belleza, calibrando su valor, su sonido, sentido y misión, las acaricia, las ama y hace lucir, armonizándolas, para vestir un objetivo o realizar una tendencia, para orientar, educar, deleitar.

“La palabra, dice Cusdorf, constituye la esencia del mundo y la esencia del hombre”. Y es cierto porque las palabras nos vivifican, nos alientan, son como gotas de sangre que van cayendo del corazón al cerebro y del cerebro a la pluma, para fortalecer, dándole empuje, afinación, inspiraciones. Sí, la palabra es esencia del escritor, es su verbo divino, es su vida misma.

S U E S T I L O

De ese respeto entrañable a las palabras, de ese amor a su esencia y aroma y del conocimiento profundo de la nutrida lengua castellana nació la prosa suelta y bruñida de don Quijote de la Mancha.

Su estilo es prócer por la abundancia de sus términos y elegante por el señorío de su frase. En él influyó el medio. En Valladolid aprendió a leer conservando en la memoria los versos del Romancero; allí escuchó “la entonada habla de los tiosos ciudadanos y gallardos campesinos de Castilla...” “y se le pegó, como dice Navarro Ledesma, el más sacudido y al par el más espeso casteno que se habla en el mundo”.

La prosa cervantina es de enjundia y nervio porque lleva en su entraña ideas robustas que guían con su luz y enseñan con sus sentencias. Por eso es eterno, porque como dice Remy de Gourmont “nada muere más pronto que el estilo que no se apoya sobre la solidez de un fuerte pensamiento”.

La forma del Quijote, en su conjunto, exhibe una arquitectura airosa y rica en detalles preciosistas, sostenida con cimientos substanciales de perenne duración. Sus períodos impecables son color que fascina y música que canta, no sólo por sus eurítmicos giros sino porque la melodía de sus notas van grávidas de incesante semillero de verdades del más equilibrado ingenio. Y es también plástica seductora del paisaje español, con sus costumbres pintadas de luces vivísimas que presentan los seres y las cosas del solar hispano con trazos indelebles de un realismo que parece inspirado en los lienzos de su genio gemelo, Diego Velázquez. Es en suma el estilo

de Cervantes, el estilo de España: rico, recio y bello. Pudiendo aseverar, que si Don Quijote inmortalizó a su padre, don Miguel de Cervantes Saavedra inmortalizó la lengua de Castilla porque nadie como él interpretó y aprovechó el genio de ese idioma...

EL AMOR QUIJOTESCO

Don Quijote es el tipo clásico del enamorado del amor. Por que la Dulcinea que él ve no existe sino en su mente loca, y sin embargo la ama. La ama como símbolo; y por eso es tan puro su sentimiento que antójase idolátrico. Porque su bienamada no le inspira deseos ni celos. Esos deseos que enaltecen el amor, pero también lo matan; que son prueba de amor pero también su tormento y su veneno. No, el infeliz amante no conoce el ritmo embriagador de las quintaesencias eróticas, no sabe que el beso es de un tesoro inconsútil que enriquece nuestras pasiones hasta hacerlas delirantes. No sabe de voluptuosidades; por sus mejillas no pasaron las manos cariciosas que lo embelesaran con sus arpegios, su testa fatigada de tanto cavilar en fantasmas y encantamientos, no tuvo jamás el consuelo de la caricia sedeña que adormece y transporta al plano inefable de la terneza. Sus dedos huesudos no se entrelazaron con otros femeninos para formar las cruces santificadoras de la pasión.

Y no obstante, su amor es una verdad pura. Si para el mundo Aldonza Lorenzo es una zafia lugareña, una falsificación quijotesca, para el doncel enajenado "es la señora de sus acciones y movimientos"; es su dama, por la que sueña y pelea. Su sentimiento por ella es el más casto y desinteresado: el platónico, el que nada espera de la carne y sus deleites; el que no piensa siquiera en la paternidad, sino el que todo lo idealiza en el ser más sublime de la creación, la mujer. No en aquella porque es una venus en su escultura viviente, ni en aquesta porque es reina de gracia, ni en la de más allá por sus talentos, sino en todas las mujeres simbolizadas en una sola que existe en su magín de loco y de artista; una mujer imaginada, su *ella*, su Dulcinea de Toboso; la que reúne en su nombre extraterreno, reinante en la nebulosa de su fantasía, todos los dones del alma y la materia que Dios nuestro Señor otorgó desde siempre a esa divinidad terrena que es la mujer.

"Con su amor casto y continente" se aparta don Quijote de

los fines fisiológicos de la reproducción, pero él no vino a perpetuarse en el mundo sino en la gloria. El rinde culto al amor-Dios y no al sensual que con el deseo crece, y se desvanece y se va. El amor quijotesco es inmaterial, se satisface con vivificarlo sin esperar recompensa ni del beso más superficial, ni de la caricia más alada. Su amor es de gloria y fama. Enalteciéndolo en su pureza, lo presenta como más digno de Dulcinea. Don Quijote era un enamorado que se olvidaba de sí mismo y era su amor tan profundo como ese de que nos habla Amiel, que es “una luz, una religión y una revelación que desprecia las victorias inferiores de la vanidad”.

S U I D E A L

Don Quijote va en pos de un ideal caballeresco, que es suyo propio. No es aquel de la edad media a cuyo servicio son puestas las creencias religiosas. El arcángel San Miguel “es el antepasado de la Caballería, como milicia terrena y caballería humana, es la sucesora terrenal del ejército de los ángeles en torno del señor”, dice Huitzinga.

El caballero de la Mancha es profundo cristiano pero su objetivo no es religioso: es humano y se refiere a la misericordia.

El ideal quijotesco descende del que tenían los caballeros medievales cuya esencia era “la fantasía multicolor y estética, pero fundamentada en la virtud y piedad”. Sólo que aquellos señores de valor hazañoso, de oropelescas justas cuajadas de vanidad tenían por eje la soberbia...; y él no, don Quijote no era soberbio, era dignamente orgulloso y era simple como los poetas místicos.

Otro de sus ideales era el de ser fiel a la lealtad y hacia sí mismo.

La lealtad a sí propio consiste en ser consecuente a nuestros deseos y fines. Seguir con fe la propia vocación, es decir perseverar en las ilusiones y ansias personales. No torcer nuestra vida, no falsificarla respetando su verdadero destino. El que la hiere se hiere a sí mismo y se expone al suicidio de su ser espiritual, que es el peor de los suicidios.

Don Quijote fue fiel a sus principios, a su dama y a su misión caballeresca. Jamás traicionó a Dulcinea, no digamos de obra, pero ni de pensamiento siquiera.

“Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso... (le dijo a Altisidora) y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible”.

Aceptó el reto del Caballero de la Blanca Luna por apego a su deber, y al ser vencido quedó obligado a cumplir su palabra, y la cumplió diciendo: “...hice lo que pude, derribáronme y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra”. Y al cumplirla, el dolor de la derrota le volvió la razón para entregarlo a la muerte y a la inmortalidad...

CERVANTES POETA

Cervantes tuvo la dicha de ser poeta, y lo era nato, donoso y esbelto; sólo que su prosa, no diremos que mató a su poesía, como se dice, y dice mal, pero sí la postergó, la esfumó, y es que el artista como afirma Gómez de la Serna, era un poeta “concepcional más que de versos”.

Como poeta se sintió “intérprete de los Dioses”, y por eso dolíale en gran manera que su colega coetáneo Lope de Vega, lo menospreciara y fuese su fustigador impío.

Pobre bardo que “desde sus tiernos años, confiesa, amó el arte dulce de la agradable poesía”, y compuso “romances infinitos” para ser motivo de comentario desdeñoso y malévolos del Fénix de los Ingenios, el que menos debiera abajarse a cosa que tuviese la más leve semejanza con la envidia.

Pero qué le vamos hacer, es condición humana tan inconfesable y fe, como existente y efectiva en todos los medios artísticos ésta: que los peores enemigos, solapados unos, y francos otros, son los del mismo oficio. Cuando debiera ser lo contrario porque en ese mundo de la belleza debería campea una fraternidad andante, no lo adora en todo caso, pero siempre justiciera.

Cervantes no fue como Dante “el rey de los poetas” pero sí fue el rey de los prosistas.

La obra cervantina no es como la poética de Shakespeare, “el más formidable archivo de documentos humanos” como decía Taine; no, en el escenario del gran español no aparecen los personajes simbólicos de todas las pasiones que mueven al hombre: amor, avaricia, celos, ternura, ambición, maldad, duda... En el archivo de Cervantes se encuentran fichadas dos figuras centrales don Qui-

jote y Sancho en las que vive y palpita el mundo gigantesco del espíritu humano; creado por un "gran poeta en prosa"...

RETRATO DE CERVANTES

El rostro del egregio manchego paréceme expresado en la figura señorial del "Caballero de la mano en el pecho", del Greco. Así lo imagino, así lo quiero, así es para mí: tipo de nobleza pura, ni vanidosa ni petulante, sino serena en su gran dignidad y fuerte en el ánimo que revelan sus ojos.

Las miradas del "caballero de la mano en el pecho" tienen una luz ancestral que le llega de muy lejos: es la flama legendaria de una estirpe que viene del Romancero y cuaja en el fulgor de esas pupilas que inmortalizó Theotocopulus.

Así eran los españoles de la época gloriosa de Lepanto. Así también fueron los oficiales y soldados garbosos de la "Rendición de Breda", de Velázquez, así los cuerpos y las caras de los caballeros que contempló el mismo Greco, en el "Entierro del Conde de Orgaz".

Así imagino que fue el ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra: prototipo de hidalga condición, de ~~ben~~ ver; de mirada que no miente, de frente que no se abate; de mano que nunca tiembla; y de espíritu cuyo abolengo se remonta al de aquellos conquistadores cuyos horizontes tenían siempre luz.

* * *

Ante esa efigie de Don Miguel Cervantes que ha creado mi fantasía. Ante ese retrato imaginario del español que más admiro y venero, porque es el genuino y admirable representante de la raza hispana; ante él, en una escena de ficción y amor intelectual, quiero decir a su egregio hijo Don Quijote de la Mancha:

Gracias gran señor por el bien que me hiciste enseñándome tus conceptos de la bondad, el honor y la misericordia; gracias porque me guiaste por los caminos de la estricta justicia; gracias señor por que en medio a tus cantos al idioma castellano que son todos tus capítulos de romance caballeresco, encendiste en mi espíritu una llama que siempre arde como una pleitesía a tu idioma esplendoroso; gracias inmortal señor Don Quijote de la Mancha, por-

que con tu fabla y tu fábula, tus heroicidades y tus locuras, tus discursos y tus penitencias y tus ideales de libertad y redención, me hiciste amar a tu patria como si fuese mía y me hiciste también señor Don Quijote un devoto rendido del verbo castellano en el que aprendí a hablar, a pensar, a amar, a rezar y a soñar.

Fragmentos del discurso leído ante la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, en la recepción pública del día 23 de septiembre de 1953.